

HACIA LA FORMACION DE UN MERCADO DE TRABAJO RURAL "NACIONAL".

LAS MIGRACIONES LABORALES EN LA REGION CEREALERA (1890 - 1930)*

Adrián Ascolani**

La constitución del mercado de trabajo pampeano debe observarse a través del continuo proceso de expansión ocupacional generada por la ampliación de las áreas agrícolas. Esta permanente transformación convirtió en polo de atracción laboral a la región cerealera, recibiendo temporalmente mano de obra procedente de las villas rurales, las ciudades litorales, las provincias norteñas y cuyanas, y también directamente de Europa. Dada la heterogénea procedencia de la masa trabajadora y su carácter adventicio, los límites espaciales y humanos del mercado de trabajo no pueden ser definidos sin ambigüedades. No obstante, el mercado de trabajo rural muestra sus particularidades a través de elementos propios como los niveles salariales y las costumbres en relación a las condiciones de trabajo que unifican la heterogeneidad a la cual recién hicimos referencia. En el transcurso de las dos primeras décadas de este siglo la "nacionalización" de la mano de obra se con-

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en las *XIV Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires. Migración y Multiculturalismo*, organizadas por el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Museo Roca e Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, agosto de 1997, bajo el título "De la ciudad al campo. Las migraciones laborales en la llanura pampeana (1890-1930)".

** Universidad Nacional de Rosario/FOMEC.

virtió en otro factor homogeneizador de este mercado tan fragmentado. A continuación analizaremos las diferentes coyunturas que conforman el proceso aludido, en las cuales los avatares productivos y las diferentes apreciaciones del fenómeno migratorio tuvieron marcada incidencia en la conformación de un sector tan difuso como el de los braceros rurales. No abordaremos en este trabajo la relación entre Estado y migraciones más que en lo imprescindible, puesto que hemos analizado este tema en profundidad en un trabajo anterior.¹

Inmigración y trabajo agrícola

Superada la crisis económica de 1890, en la cual la emigración de inmigrantes instalados en Argentina fue realmente seria, la llegada de trabajadores europeos se estancó en niveles realmente magros que en nada se asemejaban a los casi 250.000 inmigrantes llegados en el año previo a la crisis. Recién en 1894 la cantidad de inmigrantes que arribaron en noviembre -mes más adecuado para conseguir empleo- retomó el nivel de ingreso de enero de 1890, siendo por cierto insuficiente la cantidad de obreros en relación a la demanda rural, pues los aproximadamente seis mil braceros incorporados eran únicamente algo más de la mitad de los requeridos para la recolección en la provincia de Santa Fe. Bien mirado, el porcentaje que representaban en relación al total no era pequeño. Aún así, al no cubrir la demanda se alimentaban los temores por la posible "falta de brazos". Estas proporciones continuaron vigentes hasta iniciarse el nuevo siglo, pues si bien hubo un incremento estimativo del 20% en la inmigración masculina adulta orientada al campo, también se operó una ampliación de los puestos de trabajo a partir del aumento del área sembrada.

La observación de las fluctuaciones en las cifras de entrada y salida de inmigrantes al país condujo a gobernantes, empresarios y prensa en general a dar por incuestionable la existencia de un tipo especial de inmigración llamada "golondrina", como es sabido, consistente en la migración temporaria de trabajadores italianos cuya intencionalidad era llegar en momentos previos a la cosecha del trigo para volver a su patria después de la recolección del maíz, aprovechando los altos salarios de la siega y la trilla. La opinión generalizada entre quienes tenían intereses vinculados a la producción agrí-

¹ Ver Ascolani, Adrián, "Estado y Mercado de trabajo rural pampeano, 1890-1930", Anuario de la Escuela de Historia, n° 17, Facultad de Humanidades y Artes (Univ. Nac. de Rosario), Rosario, 1997.

cola era que estos contingentes de "golondrinas" constituyan la fuerza de trabajo más apta para las labores agrarias, en desmedro de la mano de obra nativa.

Habitualmente, desde el mes de octubre ya se esperaba con ansiedad tener al menos un pronóstico del futuro curso del arribo de los trabajadores inmigrantes, tocándole a la Dirección de Inmigración, a través de la Oficina Nacional del Trabajo, publicitar las estadísticas inmigratorias en los periódicos nacionales de mayor tiraje. Desde estas dependencias, el Estado nacional aseguraba anualmente la colocación de trabajadores en las zonas rurales cubriendo progresivamente los crecientes requerimientos de áreas productivas en constante expansión. Como hemos señalado en otro trabajo, el grado de intervención estatal en la distribución de braceros inmigrantes fue muy significativa y creciente, orientando el flujo migratorio a través de estos instrumentos esencialmente hacia la región cerealera, y dentro de ésta, especialmente hacia la provincia de Santa Fe primero, y, desde 1902 a 1909, hacia la provincia de Buenos Aires.²

Al filo del siglo XIX, la percepción más extendida era que el país podría absorber sin obstáculos el flujo inmigratorio, pensándose que no habría grandes modificaciones cuantitativas en el mismo. En este sentido, la inmigración seguía siendo visualizada como positiva, funcional al mercado de trabajo y necesaria para la capitalización del país.

En 1900 comenzaron a percibirse ciertas limitaciones en torno a la percepción de la utilidad de la inmigración "golondrina", pues aunque no se dejaba de reconocer su disciplina de trabajo y eficiencia, además de la conveniencia de su oportuna llegada, cuando la producción excedía los niveles ordinarios la mano de obra disponible no era suficiente. Más aún cuando sectores expansivos como el ferroviario y el de la construcción absorbían en forma creciente nutridas cantidades de trabajadores.

Los principales periódicos proponían como soluciones al problema de la escasez de trabajadores cosecheros -pues en líneas generales en ellos se piensa cuando se habla de inmigración- dos estrategias, una inmediata y otra de fondo. La primera se limitaba a asegurar condiciones de recepción de los extranjeros más humanas que las vigentes, proporcionando alojamiento en un "hotel de inmigrantes" apropiado y evitando la posterior explotación de los trabajadores, siempre expuestos a la falta de escrúpulos de las agencias de colocaciones privadas y de no pocos empresarios agrícolas. Como medida más estructural se proponía dar impulso a la colonización agraria me-

² *Ibidem*, p.305.

dante la subdivisión de las tierras fiscales más próximas a las vías de comunicación y la intervención estatal proporcionando condiciones infraestructurales básicas -transporte, crédito y mano de obra-. Como puede apreciarse la primera propuesta tendía a ensanchar la base de trabajadores estacionales, mientras que la segunda estaba orientada a reducirla en tanto ampliaba el sector de pequeños propietarios. En este punto notamos una poco conocida coincidencia entre un órgano de prensa comúnmente rotulado como conservador, La Nación, y el pensamiento de Juan B. Justo, base del programa agrario del Partido Socialista.

En ambos casos, la llegada de inmigrantes no aparece en absoluto cuestionada, si en cambio la propaganda oficial en los países europeos pues al magnificarse la prosperidad argentina se creaban falsas expectativas en los inmigrantes, manifestadas por ejemplo en demandas salariales desajustadas a la realidad del mercado de trabajo argentino, cuando no en la emigración de los recién llegados, por cierto intensa en todo el período. En este sentido, se sostenía que la mejor propaganda era la realizada espontáneamente por los mismos inmigrantes entre sus connacionales residentes en Europa.³

Los escasos logros de la inmigración subsidiada -pasajes rebajados- realizada por Argentina y Brasil eran prueba de ello, sobre todo si se hacía la comparación con el caso de Estados Unidos, donde el gran flujo de inmigrantes no tuvo subvención alguna sino que se basó en una atracción natural por las mejores condiciones económicas y laborales existentes.⁴

Desde 1889 se manifestó un moderado incremento en la cantidad de inmigrantes ingresados al país remarcado en el primer quinquenio del siglo XX. Aunque el esfuerzo era atraer familias, el convencimiento general era que se trataba todavía en su mayor parte de la inmigración temporaria para las cosechas. Esta estacionalidad laboral ya no sólo aparece explicada por la rotación americana-europea de las cosechas sino por causas determinantes de una emigración forzosa de los recién llegados relacionadas con los salarios reducidos, el encarecimiento de la vida, la inseguridad laboral y los abusos autoritarios en el interior⁵. No obstante, hubo una negación a reconocer estas deficiencias por parte de los formadores de la opinión pública, siempre temerosos de perjudicar la imagen exterior del país. En última instancia la inmigración entraba en un período ascendente, sin existir incenti-

³ La Nación, 21/12/1902,p.8.

⁴ La Nación , 26/12/1903,p.5.

⁵ La Vanguardia, 13/2/1904,p.2; La Nación , 28/11/1903,p.5.

vos artificiales, vislumbrándose un cambio de dirección de la inmigración italiana -a la que se le restringía la entrada en Estados Unidos, en protección a los obreros nacionales- favorable a la Argentina, hecho que confirmaba tiempos de prosperidad económica quedando atrás los efectos residuales de la recesión de 1890.⁶

Claro que el optimismo por la abundante llegada de inmigrantes -de enero a noviembre de 1904 ya habían entrado 74.000 personas- rápidamente se transformó en preocupación por la posibilidad de producirse un desfase entre oferta y demanda de trabajadores, pudiendo resultar de ello un aumento de la desocupación. De hecho que esta se produciría en los meses invernales, puesto que se notaba un incremento del ingreso de familias y una retracción del de varones solteros identificables presumiblemente como "golondrinas". El Partido Socialista representó una de las pocas voces de oposición levantadas contra la propaganda oficial y empresarial - hecha por vía de una prensa que calificó como "mercenaria"- en contra de la propaganda pro inmigratoria acusando a sus promotores de ejercer una pérdida ampliación del sector subocupado que finalmente se concentraría en las grandes ciudades.⁷ La excepcional cosecha y la eficiente colocación realizada en las zonas agrícolas por el Departamento de Inmigración disipó temporalmente el fantasma de la desocupación, no obstante manifestarse los primeros síntomas de congestión de trabajadores en algunas localidades -por ejemplo, Armstrong y varias poblaciones del sur bonaerense cercanas a Coronel Suárez- y precoces trabajos de agitación gremial entre los cosecheros de la provincia de Santa Fe.⁸

El área cultivada con trigo en 1905 era estimada en momentos previos a su cosecha en una tercera parte mayor a la del año anterior. La inmigración acompañó este crecimiento productivo: sólo en los veinte primeros días de noviembre de ese año llegaron treinta mil inmigrantes de ultramar, la mitad de los cuales fueron internados en las áreas rurales por la Oficina de Trabajo. Cincuenta mil inmigrantes en un solo mes constituía una cifra inédita. El 55% eran italianos, un 30% españoles y el resto, con cifras menores al millar, correspondía a las nacionalidades siria, rusa, francesa, inglesa y austróungaros, principalmente. Nuevamente el Partido Socialista cuestionaba el ingreso irrestricto de inmigrantes en función de los perjuicios que ocasionaría a los obreros nativos o radicados, y más aún cuando estos llegaran ya contratados pues los empleadores podían utilizarlos como rompehuelgas.

⁶ La Nación , 9/10/1904,p.5.

⁷ La Nación , 1/11/1904,p.5 ; La Vanguardia, 22/10/1904,p.1.

⁸ La Nación , 1/12/1904,p.5 ; 30/12/1904 , p.6; La Vanguardia, 7/1/1905,p.1.

como ya había ocurrido en la empresa del Ferrocarril del Sur.⁹

La creciente productividad agraria prestigió a la inmigración en términos económicos. Este párrafo del diario La Nación es elocuente: la inmigración "implica la introducción de un inmenso capital de trabajo en la economía del país".¹⁰ Efectivamente, en 1906 llegaron 250.000 inmigrantes evidenciándose los primeros síntomas de saturación de la demanda de trabajadores, pero aún sin llegar a consecuencias graves pues la creación de nuevos puestos de trabajo continuaba, a partir de la ampliación constante del área sembrada y del auge de la construcción de obras públicas y privadas.¹¹ De todas maneras quedaba en claro que Argentina no estaba preparada para recibir contingentes humanos de esta magnitud. La ciudad de Buenos Aires sería la principal perjudicada con la concentración de subocupados, por lo tanto la propaganda en favor de la colonización agrícola volvió a ocupar las columnas de los periódicos más reconocidos. Convertir a los jornaleros en colonos era el objetivo de esta prédica, sólo que ahora se privilegiaban los territorios del sur argentino, es decir la costa atlántica y los valles andinos.

Además de la inmigración de ultramar, muchos de los inmigrantes llegados al Brasil con pasajes costeados por el gobierno de éste para que trabajaran en las "facendas" y plantaciones emigraron a la Argentina luego de sufrir duras condiciones de trabajo. Se trataba de jornaleros que engrosaron el sector de obreros subocupados con trabajo estacional en las cosechas.

Un doble mensaje, perverso en sus efectos, comenzaba a percibirse en los órganos de prensa: por un lado se publicitaban los efectos benéficos de la inmigración, obviamente sin desconocer que se trataba en buena medida de una población adventicia, mientras que por el otro se la empezaba a ver con desconfianza porque su único interés era ahorrar un buen salario y volver a su patria reduciendo al país al papel de "factoría". El remanente de los "golondrinas" que quedaba en el país no era mejor visto, pues engrosaba el sector subocupado urbano fomentando la agitación clasista. La solución al problema no era fácil, pero la primera medida propuesta era ejercer un mayor contralor identificatorio sobre los inmigrantes.¹²

Sujeto a múltiples variables a causa de su naturaleza internacional, el mercado de trabajo argentino debió reajustarse en 1907 según las modificaciones del flujo inmigratorio. Reducida la emigración italiana, se centraron las expectativas en trabajadores de otras procedencias. Los españoles pasa-

⁹ La Nación , 21/11/1905,p.7 ; La Vanguardia, 11/1/1906,p.1.

¹⁰ La Nación , 10/11/1906,p.9 .

¹¹ La Semana Rural, 1/12/1906,p. 1587/1588.

¹² La Nación , 21/12/1906,p.6 .

ron a ser el contingente cuantitativamente más importante, siendo las regiones del norte -Galicia, Asturias, Cataluña y Euskandia-las de mayor emigración. Los motivos de este cambio eran una cierta mejoría de la economía italiana y a la inversa, una crítica situación en España. La emigración eslava, también acosada por la miseria, continuó llegando a la Argentina pero siempre en cantidades irrelevantes, y la austro-húngara -tradicionalmente compuesta por jornaleros- observó cierto deterioro a causa de la propaganda adversa hecha por un diario de Budapest que recogía la mala experiencia de trabajadores contratados en obras del ferrocarril.¹³ En suma, los inmigrantes llegados fueron sólo en un 20% menos que los de 1906, sólo que la emigración alcanzó la cifra más alta del quinquenio: aproximadamente un 50%.

El periódico anarquista *La Protesta* atribuía tal éxodo a la carestía de la vida, la insuficiencia de los salarios y la inseguridad para las personas, retomando la explicación dada por los socialistas años atrás, y recomendaba a los trabajadores europeos -en especial a los españoles- no emigrar a la Argentina, donde no encontrarían soluciones a su miserable condición.¹⁴ Para desmentir la imagen idealizada propagandizada en Europa, *La Protesta* emprendió una verdadera campaña clarificadora de las condiciones de trabajo imperantes. Su intención era frenar la llegada de inmigrantes en previsión a posibles despidos durante la proyectada huelga general "contra la cosecha" de fines de diciembre de 1907.

Poca incidencia lograron los cuestionadores de la inmigración masiva. En 1908 y 1909 la tendencia siguió tan elevada como en los dos años anteriores, lo cual provocó la alarma de la prensa de mayor tiraje hacia la inmigración temporaria cosechera, cuyo sedimento podría generar los mismos conflictos sociales que en Estados Unidos, donde se optó por la adopción de medidas restrictivas, protectoras de la propia población obrera. Mientras tanto, la Dirección de Inmigración hacía público que se estaba dando un cambio en la composición de la inmigración, equiparándose cuantitativamente los núcleos familiares de agricultores -con algún capital- en relación a los trabajadores flotantes, lo cual se correspondía con la coyuntural supremacía de los españoles por sobre los italianos.

El proceso de consolidación de un mercado de trabajo nacional estaba ya muy avanzado a fines de la primera década del siglo, por lo tanto las nuevas oleadas de trabajadores inmigrantes dejaban de ser provechosas para el "interés general" del país, sólo siéndolo para el empresariado beneficiado por la mayor oferta de trabajadores, y en consecuencia, los menores sala-

¹³ *La Nación*, 17/11/1907,p.10 ; 8/12/1907 , p.8.

¹⁴ *La Protesta*,26/10/1907,p.2;13/11/1907,p.1.

rios. El diario La Nación, preocupado por este fenómeno, dedicaba en noviembre de 1910 un editorial a informar que la mayoría de los inmigrantes ingresados eran braceros para las cosechas y jornaleros sin oficio, flujo este que, entendía, no respondía a las necesidades argentinas. En definitiva, debía moderarse la propaganda en el exterior, encomendándose a agentes consulares que seleccionaran primordialmente a agricultores.¹⁵

El propio Ministerio de Agricultura, por primera vez se hacía eco de la problemática resultante de la concentración final en Capital Federal de esta mano de obra adventicia, recurriendo a los gobernadores de provincia para recabar informes sobre las posibilidades de colonización en tierras fiscales.

En la segunda década del presente siglo las tendencias percibidas en los años previos se manifestarían con mayor nitidez en cuanto a la cristalización de un mercado de trabajo rural-urbano verdaderamente nacional. La época de cosecha fina correspondiente a 1911 se iniciaba con la noticia de la prohibición de emigrar a las repúblicas del Río de La Plata decretada por el Gobierno Italiano a sus ciudadanos. En lugar de sobresaltarse por tal restricción, emergió la seguridad de contarse con brazos suficientes para la cosecha a partir del concurso de los trabajadores nativos del interior, de los subocupados de las grandes ciudades y de los inmigrantes españoles, rusos, sirios y austríacos; entidades como la Bolsa de Cereales de Buenos Aires lo avalaban. En previsión, el Ministerio de Relaciones Exteriores aseguró que se contaría con diez mil trabajadores panameños si hicieran falta, lo cual no sucedió, pues incluso hubo excedente de braceros disponibles, cuyas consecuencias futuras serían imprevisiblemente serias.¹⁶

En este contexto de búsqueda de mano de obra alternativa, el diario La Nación publicó una serie de artículos escritos por Luis Moltedo, quien, como capitán y agente marítimo además de colonizador, sostenía que el mercado de trabajo rural había perdido desde hacía tiempo su dependencia de la fuerza de trabajo europea. Ya en 1904 Biale Massé señalaba que los "golondrinas" del interior argentino habían suplantado en gran parte a sus pares europeos.

Moltedo negaba la existencia de la inmigración "golondrina" pues sostenía que el flujo y reflujo de inmigrantes operado en primavera y en otoño, respectivamente, tenía que ver con los tiempos de la economía agraria y no con una rotación de los trabajadores. En otras palabras, no había pruebas ciertas de que los entrados al país en primavera fuesen los mismos emigrados en otoño. Decía que anualmente se necesitaban 420.000 jornaleros pa-

¹⁵ La Nación, 5/11/1910, p.10.

¹⁶ La Nación, 5/10/1911, p.6; 8/11/1911, p.10.

ra levantar la cosecha, en tanto que sólo entraban en el mes de la siega 20.000 inmigrantes aptos para esas labores, de los cuales la mitad eran antiguos residentes emigrados que regresaban a Argentina. Al contrario de lo que puede pensarse, decía que la emigración hacia Europa era tanto mayor cuando la cosecha había resultado buena en el país. Estos emigrantes eran quienes habían formado un capital, quienes sentían nostalgia del terruño, los decepcionados, y aquellos que volvían sólo por paseo. Cuantificando estas categorías resultaba que sólo un 30% regresaba en busca de trabajo, el resto lo hacía por otros móviles. Los que fueron de visita y muchos de los que llegaron ricos a Europa y nuevamente se empobrecieron regresaban a América, acompañados ahora por otras personas deslumbradas por la imagen del éxito en el nuevo mundo. A ellos se sumaban aquellos llamados por parientes ya radicados. En conjunto, sólo un 30% arribaba a la Argentina con un futuro incierto y sin relaciones. El hecho que los inmigrantes italianos no aprovecharan la significativa rebaja en los pasajes de ida y vuelta anual tal vez haya sido el mejor argumento probatorio de las hipótesis de Moltedo. No obstante, testimonios provenientes del norte de Italia en 1913 demostraban que los "golondrinas" aún seguían dirigiéndose a América, pero ya con menor convencimiento pues la situación económica peninsular mostraba signos de mejoría.¹⁷

Tras la regularización del flujo inmigratorio a niveles comunes en los últimos años de la década anterior, durante los años 1912 y 1913, el estallido de la guerra europea significó el inicio de un período nuevo en el cual el recurso de los cosecheros inmigrantes prácticamente se dejó de lado en favor de una mayor intervención estatal en la regulación de la distribución de los obreros radicados.

Migraciones internas

Posiblemente resultara clarificador analizar la transición desde el mercado de trabajo rural existente hasta mediados del siglo XIX -si es que puede atribuírsele rasgos más o menos constantes- al conformado desde el último cuarto de ese siglo, puesto que fue manifiesta la presencia de trabajadores migrantes procedentes de las provincias limítrofes hacia las zonas del litoral con producción agropecuaria. Pero abordar esta problemática no está dentro de los objetivos de este trabajo, aunque sí dejamos en claro que esta

¹⁷ La Nación, 15/10/1911,p.8; 16/10/1911, pp.6-7;18/10/1911,p.8; La Tierra, 5/8/1913,pp.1-2.

migración existió -seguramente más orientada a las tareas ganaderas que las agrícolas- y se incrementó progresivamente al acercarse la mitad del siglo. Claro está que esta mano de obra tuvo una dimensión cuantitativa muy limitada, en términos comparativos, con respecto a los contingentes de trabajadores empleados al finalizar el siglo, cuando la expansión agrícola estuvo en su apogeo.

Situándonos entonces en este segundo momento, no anterior a la década de 1870, diremos que el mercado de trabajo rural pampeano difícilmente podría ser caracterizado como nacional hasta iniciada la Primera Guerra Mundial. Como es sabido, su composición humana dependía en gran medida de las periódicas oleadas de inmigrantes que llegaban en vísperas de las cosechas de trigo y lino, los llamados inmigrantes "golondrinas" cuya destreza en las labores agrarias les dio un prestigio ante los empleadores, frente al cual dudosamente pudieron competir los trabajadores urbanos subocupados de las ciudades o los trabajadores criollos oriundos de las provincias del norte argentino.

Los periódicos desequilibrios operados en el flujo de los inmigrantes golondrinas a la vez las preocupantes consecuencias de la desocupación manifestadas en las grandes ciudades y en las provincias pobres condujeron a diversos sectores a iniciar y sostener una campaña de difusión de las ventajas que proporcionaría la instauración de una corriente migratoria nacional y temporaria desde aquellos sitios hacia las explotaciones cerealeras. Su resultado debía ser la estabilización del mercado de trabajo rural.

La crisis económica de 1890 tuvo consecuencias nefastas sobre los niveles numéricos de la inmigración verdaderamente asimilada por el país. Su efecto restrictivo sobre la oferta de mano de obra determinó el inicio de dicha campaña por parte de los principales diarios. Básicamente la propuesta de la prensa era crear un circuito de rotación temporaria de los trabajadores canalizando los desocupados estacionales de las provincias de Tucumán y Santiago del Estero hacia la región pampeana en época de cosecha, debiendo retornar una vez terminadas las faenas a su tierra para proseguir con la zafra de la caña de azúcar.¹⁸

En la práctica, esta rotación nunca se había llevado a cabo por la propia iniciativa de los obreros, lo cual llamaba a la reflexión sobre las posibilidades de su implementación. Por lo tanto se requería del Estado que subsidiera con pasajes ferroviarios gratuitos sólo a los obreros norteros que lo soli-

¹⁸ La Nación, 26/11/1894, p.5.

citaran, dando de esta manera igualdad de oportunidades a nativos y extranjeros, recuérdese que estos últimos eran alojados e internados en zonas agrarias por cuenta del Estado y por vía de la Oficina de Inmigración.

Sin encontrar una recepción real por parte de los sucesivos gobiernos pues la regularización de la corriente migratoria refuncionalizada el mercado libre de brazos, este proyecto cayó en el olvido por varios años. En 1900, cuando la conveniencia económica y demográfica de la población flotante llamada "golondrina" comenzó a ser cuestionada, nuevamente resurgieron las voces en favor de una mayor intervención estatal en la distribución de obreros en época de cosechas, actuando directamente en la formación de un flujo seguro hacia el litoral.¹⁹ Ahora la mira estaba puesta en las zonas más miserables del noroeste como eran los valles salteños, Catamarca y La Rioja, donde las condiciones de producción era propias del "feudalismo" y los salarios no superaban la mitad del valor de los pampeanos. Tradicionalmente, estos trabajadores criollos no se aventuraban solos, sino en grupos considerables y con colocación segura, a salir de sus lugares habituales de trabajo, por ello alguna acción mediadora se volvía imprescindible para movilizarlos. Tampoco eran olvidados los desocupados de las grandes ciudades, particularmente los de la Capital Federal, para los cuales también se solicitaban pasajes subsidiados. No sólo se apelaba en esta ocasión al Estado, sino también a las empresas de ferrocarriles, grandes beneficiarias del producto de la tierra, cuyos intereses en nada estaban desligados de la correcta marcha de las cosechas, sobre las cuales siempre pesaba el fantasma de la posible escasez de mano de obra.

De este modo, aún cuando ya se comenzaba a percibir una mayor afluencia de migrantes internos a la recolección del trigo, en 1902, a causa de ciertos conatos huelguistas entre los braceros del norte bonaerense y de la suposición que la entrada de inmigrantes golondrinas no sería cuantitativamente óptima, el diario La Nación insistió sobre la necesidad de que las empresas de ferrocarriles instrumentaran boletas especiales de ida y vuelta, pagaderas por mitades a la ida y al momento del regreso. Yendo más lejos, este diario proponía que los jefes de estaciones del Central Norte, del Argentino del Este y del Central de Córdoba se encargaran de comunicar la demanda local de jornaleros.²⁰ Extraño en su época, este último planteo se concretaría una década después, es por eso que los mencionamos no como simple hecho anecdótico.

¹⁹ La Nación , 18/11/1900,p.4 ; 29/11/1902 , p.5.

²⁰ La Nación , 20/11/1902.

En noviembre de 1903 otros promotores de las migraciones internas aparecen en escena. Son los propios trabajadores jujeños los que demandan a la Sociedad Rural de Rosario la gestión de una rebaja del cincuenta por ciento en los pasajes ferroviarios, franquicia que ya habían obtenido los braceros entrerrianos.²¹ Al año siguiente, con motivo de la cosecha de maíz, similar corporación de la ciudad de Santa Fe logró efectivizar la llegada de contingentes de las provincias del norte aprovechando la reducción del monto de los pasajes ferroviarios. Un año después, luego de conectarse con la Unión General de Trabajadores de Cruz Alta -Tucumán- y con otros gestores que oficiaron de agencieros de colocaciones.²²

Diversos periódicos se hicieron eco de la utilidad del sistema rotativo del personal de cosechas, por ejemplo La Semana Rural promovía en 1904 un recorrido más amplio en el cual el peón tucumano luego de la zafra azucarera se trasladaría al norte de la región cerealera -Córdoba y Santa Fe-, y aprovechando cierta diferencia temporal en la siega luego pasaría al sur bonaerense y la provincia de La Pampa. Obviamente la racionalidad planificadora no contemplaba las limitaciones humanas para afrontar tan fatigosa travesía. Traba ésta que hasta el propio articulista del periódico mencionado parece reconocer puesto que señalaba como meritorio si por lo menos se pudiera hacer llegar estas migraciones laborales hasta el sur de Córdoba y Santa Fe.²³ Aquí, como en muchas otras fuentes, asegurar la producción es lo importante, poco importa en realidad la desocupación temporal de los peones del norte; expresiones como “trenes de jornaleros, como para tropas” y “cargar gente a granel” ilustran sobre la intencionalidad de algunos propagandistas del sistema de rotación laboral. De todas formas, incluso en la prensa identificada con los sectores empresariales, suelen manifestarse criterios más humanos. Por ejemplo en La Nación el corresponsal residente en Rosario volvía, en 1906, a señalar el descuido oficial sobre los peones correntinos que por su propia cuenta se dirigían al campo santafesino, mientras que a los inmigrantes se les daba otro tipo de tratamiento.²⁴

Hacia 1907 las migraciones laborales del interior ya eran visualizadas como una alternativa interesante, con una potencialidad aún no aprovechada, que podía auxiliar en momentos de intensa demanda de trabajadores, como era ese año gracias a la excepcional cosecha que se vislumbraba. Las entidades gremiales del empresariado rural activaron sus gestiones al respecto,

²¹ La Nación, 19/11/1903, p.5; 1/12/1903, p.4.

²² La Capital, 1/4/1905, p.5; 18/4/1905, p.5.

²³ La Semana Rural, 1/11/1903, p.1403.

²⁴ La Nación, 20/11/1906, p.6.

por ejemplo en la provincia de Santa Fe: la Sociedad Rural Santafesina gestionando ante el gobierno la reducción del monto de los pasajes; el Centro de Acopiadores, tratando de atraer a los tres mil peones correntinos desocupados; y la Cámara Sindical de la Bolsa de Comercio de la misma ciudad, peticionando a los gobernadores de las provincias norteañas -Tucumán, Santiago del Estero, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy- facilidades para la traslación de peones desocupados, calculados en unos quince mil.²⁵

Ese año la defensa de las migraciones laborales del interior, y con ello de la capacidad de la mano de obra criolla, ya era un hecho. Inclusive la prensa fundamentó su pertinencia con argumentos históricos, alegando que no era un fenómeno nuevo sino que preexistía al aluvión de trabajadores inmigrantes, cuando caravanas de jornaleros se dirigían a la provincia de Buenos Aires en época de cosecha. Dicha atención tenía causas menos directas que las estrictamente laborales, nos referimos al cuidado de la imagen de prosperidad argentina que debía mantenerse en el extranjero a fin de que no se perjudicara la afluencia de inmigrantes. Imagen seriamente perjudicada al tomar estado público, por vía de los grandes diarios capitalinos, la crisis ocupacional que se abatía sobre las provincias del norte argentino.²⁶

Como resultado de la prédica migratoria se dinamizó en el primer decenio del siglo el movimiento de peones del noroeste y de la Mesopotamia principalmente hacia el sur y centro santafesino y el sudeste de la provincia de Córdoba. Los peones norteaños se distribuyeron en ambas, en cambio los puntanos y los provenientes de las serranías cordobesas no llegaban más allá de la zona oeste de Santa Fe. A esta provincia le proporcionaban mano de obra Corrientes, Santiago del Estero y Entre Ríos, percibiéndose también el traslado temporal de los peones hacheros del "Chaco Santafesino" hacia la zona cerealera central; en el oeste predominaban los cordobeses, riojanos y catamarqueños, y en centro y sur los correntinos y entrerrianos.²⁷ En la provincia de Entre Ríos, el Departamento Paraná -eminentemente agrícola- también era polo de atracción de los trabajadores de las zonas ganaderas del norte y sur de su provincia, beneficiado en buena medida por las facilidades de transporte brindadas por la empresa del Ferrocarril de Entre Ríos y por el propio gobierno provincial.

Cuantitativamente, seguía siendo el concurso de los peones de las provincias del noroeste relevante, pues representaba anualmente varios milla-

²⁵ La Semana Rural, 1/2/1907; La Nación, 8/11/1907, p.5; 9/11/1907, p.6.

²⁶ La Nación, 15/11/1907, p.8; 26/11/1907, p.8.

²⁷ Biolet Massé Juan, Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República, tomo II, Buenos Aires, 1904, p.137.

res de obreros. No obstante, el primer lugar en cuanto a suministro de mano de obra radicada en el país -y en proporción creciente- era disputado por las grandes ciudades del Litoral -Buenos Aires, Rosario y Santa Fe- y Córdoba. Para ilustrar la magnitud de los contingentes de braceros que salían de las ciudades rumbo al campo podemos citar el caso de Rosario, cuando, a mediados de noviembre de 1910, en un solo día partían con ese rumbo dos mil obreros en trenes de segunda clase.

En la segunda década del siglo XX, el mercado de trabajo rural nacional parece en buena medida constituido. La sedimentación dejada por las sucesivas oleadas de inmigrantes unida al asentamiento de trabajadores norteros en los núcleos urbanos de la llanura pampeana, fruto de los requerimientos laborales a que hicimos referencia, otorgó una mayor autosuficiencia a la región cerealera. La formación de un verdadero ejército de reserva en las grandes ciudades del Litoral cada vez más habituado a realizar trabajos temporales en las cosechas atemperó la recurrente obsesión por la "falta de brazos", y con ello los obreros de las provincias del norte pasaron a ser un "recurso circunstancial", por el momento en verdad innecesario, más aún cuando esta corriente migratoria -a pesar de sus limitaciones- estaba instituida.²⁸

Otro fenómeno que dejaba de ser aleatorio en esta década era la migración intrapampeana, es decir desde una región agrícola hacia otra, no basada en la poca producción de la zona expulsora, sino en la saturación de la demanda laboral. Así, por ejemplo, numerosos jornaleros del centro santafesino se dirigieron en 1912 hacia la provincia de Córdoba, y muchos más provenientes de ésta llegaron a La Pampa en los años siguientes.

Las restricciones a la emigración de trabajadores impuestas por los gobiernos europeos a causa del estallido de la Guerra Mundial representó una difícil prueba para el mercado de trabajo nacional argentino. Si bien los inmigrantes españoles siguieron llegando, las altas cifras de la década anterior pasaban para siempre al recuerdo. La retracción del flujo de italianos y la preocupante emigración de muchos jóvenes radicados en nuestro país movilizó al empresariado rural y al Estado a emprender una planificación del mercado de trabajo hasta el momento inédita -como podrá verse más adelante-. Los gobernadores de San Juan y Catamarca declararon en 1914 que 6.000 y 2.000 obreros, respectivamente, estaban en condiciones de dirigirse a la región pampeana.²⁹ No sabemos cuantos realmente migraron pero es probable que la propaganda de falta de brazos haya tenido un efecto disuasivo.

²⁸ La Nación, 8/11/1911, p.9.

Como hemos dicho, los inmigrantes eran la mano de obra preferida para los trabajos de cosecha, le seguían los migrantes de las provincias pobres y luego los subocupados urbanos, pero rara vez se hizo alusión a la población indígena como recursos humanos utilizables. La primera referencia que encontramos de ésta es una nota de un formoseño, Ulpiano Cáceres, dirigida a la Bolsa de Comercio de Rosario indicando los medios para conducir a Santa Fe grandes contingentes de indígenas para la recolección del maíz. El mismo proponía un contrato y prevenía que sólo se trasladarían con capataces que fueran de su confianza y siempre que luego de la cosecha los transportaran a su lugar de origen. Los indígenas mocovíes eran muy buscados en la zona noreste de Santa Fe por su resistencia en las labores de cosecha.³⁰

Un par de años después, el diario *La Capital* decía que el empleo de la mano de obra indígena había sido una idea abandonada porque se la consideró impracticable, pero en vistas de la expansión productiva debía ser revisada y organizado el elemento indígena para las operaciones del campo. En un sentido más amplio que el laboral, decía el periodista que significaría "...la incorporación rápida de aquellas masas a la civilización, en el sometimiento a un tutelaje que les reportaría la percepción de la vida moderna."³¹

El empresariado agrícola nunca se mostró interesado en la idea, particularmente la Federación Agraria Argentina la descalificó, años después, argumentando que se traería a peones acostumbrados a una faena comparativamente más liviana como era la zafra de la caña de azúcar. Decía su vocero *La Tierra*: "... el obrero de chacra no se improvisa y menos aún con varios miles de matacos y chiriguanes."³²

Contrariamente, el propio presidente de la Nación, luego de una conferencia con la Comisión de reducciones de indios en 1917, incentivó el ensayo de incorporar indígenas tobas al trabajo pampeano. La primera "remesa" sería de 2.000 personas y si dieran el resultado esperado, se llamaría a 8.000 más. La principal dificultad que podía plantearse era la inadaptación al cambio de rutina de trabajo, pues se trataba de gente con disciplina laboral adquirida en los ingenios. No obstante se los trataba como "menores" ya que quedarían bajo un sistema de tutelaje expresado en el pago parcial del salario, depositándose la mitad del mismo en caja de ahorro postal hasta el

²⁹ *La Nación*, 27/11/1914, p. 8.

³⁰ *La Nación*, 6/11/1903; Bialek, *Mass..op.cit.*, p. 137.

³¹ *La Capital*, 20/4/1905, p. 5.

³² *La Tierra*, 10/9/1915, pp. 1-2.

momento de concluir la cosecha, a fin de que no se los estafara.³³ Es probable que el experimento no se llevara a cabo. Sólo encontramos trabajo indígena en dicho año en la cosecha de trigo de General Viamonte, pero se trataba de la tribu de Caliqueo. Resultaron buenos braceros y no se les timó con los salarios.³⁴

El mito del país de atracción entra en crisis

Una vez finalizada la Gran Guerra, la llegada de inmigrantes se recompuso en niveles cercanos al período de preguerra. Hacia 1922 el flujo migratorio se había estabilizado en un ingreso mensual mayor a las 20.000 personas. Los altos índices continuaron hasta mediados de la década, pero en 1926 el total de inmigrantes se redujo a 134.000. La disminución no se debió a un cambio en las políticas migratorias argentinas, sino al cambio de dirección de la migración italiana -orientada por el gobierno hacia sus posesiones coloniales (Libia, Cyrenaica, Somalía, Eritrea, Albania)- unida a las expectativas de mejoría económica suscitada por las políticas agraristas³⁵, y la mejoría de la situación económica europea, como en el caso español, cuyo gobierno declaraba que "el típico inmigrante de antaño ha desaparecido por completo".³⁶ Por otro lado, la posibilidad de trasladarse a América se volvió más dificultosa, ya que los precios de los pasajes aumentaron hasta un 500%, y las exigencias de documentación se incrementaron -la existencia de una inmigración clandestina procedente de Brasil, por Uruguayana, es muestra de ello-.

El rasgo distintivo de esta década fue que a la tradicional llegada de italianos y españoles se sumó la de trabajadores de países de Europa Central, como Polonia, Yugoslavia, Austria y Checoslovaquia. A modo de ejemplo, tenemos que para 1927 ingresaron a Santa Fe 12.288 inmigrantes, de los cuales 7.500 eran italianos, 1.971 polacos, 885 yugoslavos, 703 españoles, 526 checos, 153 lituanos y 128 alemanes.³⁷

En 1923 el Departamento Nacional del Trabajo intentó reforzar los mecanismos de distribución en el interior del país, dado que la creciente desocupación de Capital Federal, fruto de la concentración de inmigrantes podría alcanzar los niveles críticos de los años 1914-1918.

³³ La Nación, 21/11/1917,p.9.

³⁴ La Nación, 15/12/1917,p.9.

³⁵ La Tierra,19/1/1928,p.4.

³⁶ La Tierra, 29/11/1927,pp.1-2;27/12/1927,p.5.

³⁷ La Tierra,10/3/1928,p.1.

De acuerdo a ello, la Dirección General de Inmigración solicitó cooperación a los gobiernos provinciales en la internación de los inmigrantes; incluso notificó a estancieros y agricultores -registrados por contactos entablados con el Ministerio de Agricultura- que su Oficina de Trabajo estaba en condiciones de cubrir pedidos de braceros, y volvió a publicitar por medio de carteles en las estaciones ferroviarias esta disponibilidad de mano de obra.³⁸ La Tierra consideró insuficiente esta forma de publicidad, denunciando ese mismo año la aglomeración de brazos en diferentes zonas agrícolas.

En 1926 la Dirección se conectaba con intendentes municipales y jefes de policía de todas las localidades del país solicitándoles que mediaran en la colocación a fin de dar una imagen de mayor garantía a las internaciones de obreros, ya que los niveles cuantitativos de esta se mantenían bajos -cuanto menos si nos referimos al caso santafesino, donde en el lapso 1923/27 sólo había distribuido 52.847 inmigrantes-. Una salida reparadora implementada a fines de 1928 fue descentralizar la distribución mediante sucursales en el interior del país.³⁹

A mediados de la década, la sobreoferta de jornaleros en épocas de cosecha ya era un hecho, pues a la reducción de puestos de trabajo por incorporación de nuevas maquinarias y al aumento de la competencia por esos puestos de trabajo, se sumó el desastre agrícola de las zonas vinculadas al puerto de Rosario, particularmente el este cordobés, afectadas por imprevistos meteorológicos -granizo, excesivas lluvias y heladas- y por una plaga que afectó los trigales -un hongo llamado puccinia graminencis que destruyó las espigas-. El ministerio de Agricultura de Córdoba informaba que el 70% de la cosecha estaba perdida y que lo restante sería de mala calidad.⁴⁰

No obstante la caída agrícola de 1925, ya la oferta de trabajadores cubría la demanda en una situación de normalidad productiva. En 1926 la Oficina Provincial del Trabajo con sede en Rosario publicitaba que en Santa Fe 92 poblaciones no necesitarían más cosecheros que los locales, frente a 6 que sí los requerirían; en el caso de Córdoba las cifras correspondientes son 46 y 5 respectivamente.⁴¹

Durante todo el período 1923-1930 el Estado mantuvo una posición favorable a la llegada de trabajadores inmigrantes, quienes cuanto menos en

³⁸ La Tierra, 15/11/1923, p.2.

³⁹ La Tierra, 10/3/1928, p.1; 10/11/1928, p.2.

⁴⁰ La Tierra, 20/11/1925, p.3; 21/11/1925, p.1 ; 28/11/1925, p.1 ; 1/12/1925, p.2.

⁴¹ La Tierra, 23/11/1926, p.2.

el primer lustro de la década orientaron su mirada a países como Argentina puesto que Estados Unidos y los dominios británicos habían implementado una selección severa en el ingreso de inmigrantes. El gobierno de Alvear incluso incentivó mediante propaganda en el exterior el arribo de familias campesinas con el fin de desarrollar áreas marginales vistas como potencialmente útiles para la producción agrícola -en el Chaco, Misiones, Río Negro, Cuyo y Patagonia-. La incorporación de más de 300.000 ha. a la agricultura en los últimos años era publicitada oficialmente, fundamentando el fomento estatal de la inmigración. La tendencia era ampliar la producción agrícola aumentando previamente la cantidad de mano de obra inmigratoria.⁴² Esta lógica de multiplicación de los recursos humanos, en ocasiones fue contra el "sentido común", como por ejemplo cuando, en noviembre de 1926, la Dirección de Inmigración y el Ministerio de gobierno de la provincia de Entre Ríos, convinieron la internación de inmigrantes en la misma porque "la mano de obra suele ser escasa".⁴³ Entre tanto, la realidad era otra, pues los niveles salariales entrerrianos históricamente eran inferiores a los del resto de las provincias cerealistas a causa de la abundancia de mano de obra. Ese mismo año La Tierra reproducía su añeja crítica a la inmigración no planificada bajo el título "El delirio de la Inmigración", una expresión dobiemente crítica dada la imagen de bonanza económica difundida por el grueso de la prensa autoconstituída en la "opinión pública" del momento.

Tanto las organizaciones corporativas de los agricultores como las de los obreros se proclamaron en contra de este nuevo flujo migratorio, especialmente en relación al fomento que el gobierno hacía del mismo, puesto que entendían que el problema de la desocupación -o subocupación- nacional seguía irresuelto. Para ambos, la mayor competencia de brazos estaba actuando en perjuicio de los trabajadores radicados. Los líderes foristas señalaron que los nuevos inmigrantes ofrecían su trabajo por la mitad del salario de un obrero, y las únicas propuestas concretas elaboradas para modificar esta situación fueron: neutralizar la propaganda migratoria del Estado haciendo público en el exterior las reales condiciones de trabajo y de vida obrera en Argentina, e incentivar a los inmigrantes a nuclearse corporativamente para luchar por mejores salarios y condiciones de trabajo.⁴⁴ En 1923, La Pampa Libre se expedía en la misma forma en relación a la llegada de búlgaros -un contingente de 40.000- incentivados por "reclutadores" argen-

⁴² La Tierra, 20/10/1925, p.1; 30/11/1926, p.2.

⁴³ La Tierra, 2/12/1926, p.6.

⁴⁴ La Protesta, 10/12/1926, p.3; 17/12/1926, p.1.

tinios. Decía que la mitad de ellos serían desocupados crónicos y les recomendaban quedarse en su lugar de origen.⁴⁵

La FAA proponía en cambio la selección de inmigrantes en los lugares de embarque, para que sólo llegaran los más aptos para el trabajo, preferentemente italianos, alemanes y demás “pueblos sanos, inteligentes y capaces”, disponiendo de antemano los puestos de trabajo que se les ofrecería, siendo necesaria en el campo una reforma agraria que destrabara el acceso a la tierra.⁴⁶ En lo referente a las experiencias colonizadoras en áreas marginales, La Tierra mostraba su rechazo por la ausencia de la infraestructura necesaria para la producción y comercialización. Se orientaba en cambio a proponer que la colonización se extendiera paulatinamente desde la llanura pampeana. Por otro lado, tenía sus reservas frente a los nuevos inmigrantes -del este europeo- tanto en relación a su capacidad de trabajo como a la posibilidad de “amalgamarlos” en la nacionalidad argentina.⁴⁷

El periódico La Tierra, en un editorial de diciembre de 1923 elocuentemente señalaba la fragilidad del equilibrio del empleo en Argentina, así como los peligros eventuales y los cambios estructurales generadores de desocupación obrera:

“Ellos [los gobernantes] no saben que basta un año de mala cosecha para que nuestros desocupados sean proporcionalmente superiores en número a los de cualquier nación europea y que, si esos desocupados no se hacen sentir en forma desagradable como en Europa, es porque se diseminan por el campo, favorecidos por un clima templado, viviendo de la limosna.

Y ahora, aún cuando el año no es tan malo, en el momento más álgido de nuestro trabajo agrícola, hay millares de personas que andan recorriendo nuestras campiñas, con sus harapos al hombro, como de la ceca a la Meca, en busca de trabajo, que no encuentran.

Bastaron algunas mangas de granizo, que destruyeron los sembrados de un millar de chacras y la introducción de unas veinte mil máquinas ‘espigadoras-trilladoras’, que destruyeron la ocupación de unos sesenta mil hombres, para que se sienta la plétora de brazos.

⁴⁵ La Pampa Libre, 1/1/1923, p.3.

⁴⁶ La Tierra, 22/12/1922, p.2; 29/12/1922, p.1.

⁴⁷ La Tierra, 11/2/1928, p.1.

Si la cosecha del maíz sufriera algún descalabro, aunque fuera parcial, este invierno sería un invierno calamitoso para los que están y para los que vengan.”⁴⁸

A fines de la década el interés de los inmigrantes por la Argentina retrocedía. En 1928 el servicio diplomático polonés indujo a su gobierno a prohibir la emigración a la Argentina, aduciendo dificultades para la colocación de los trabajadores. Al parecer, si bien eran considerados buenos trabajadores, el desconocimiento del idioma era lo que dificultaba su contratación.⁴⁹ Por su parte, un delegado especial de emigración del gobierno español, el Padre Correas, constataba en Argentina que el inmigrante agrícola español encontraba salarios tan bajos como los peninsulares, mala habitación, extrema inseguridad laboral por el ciclo agrícola, y serias dificultades para pasar de la condición de asalariado a propietario, debiendo superar sucesivas etapas para ascender económicamente -obrero eventual, peón fijo, carpero (preparador de la tierra), arrendatario y finalmente propietario-.⁵⁰

Sin embargo, la tradición receptora de la llanura pampeana era difícil de ser modificada aún con argumentos racionales. En noviembre de dicho año, incluso desde La Tierra, se festejaba las gestiones descentralizadoras emprendidas por el Gobierno de Córdoba ante el presidente Yrigoyen que tenían por meta instalar un hotel de inmigrantes en la ciudad de Villa María, punto de convergencia de varias líneas ferroviarias.⁵¹

Conclusiones

En el período estudiado se observan claramente diferentes coyunturas en relación a las migraciones laborales operadas hacia -y en ocasiones dentro de la región cerealista: 1). un primer momento, extendido desde la década de 1880 hasta mediados de la primera década del siglo XX, en el cual, a pesar de su magnitud numérica, la inmigración no llegaba a cubrir la demanda regional de braceros para la cosecha; 2). Una segunda coyuntura, de corta duración, donde se comenzaron a percibir síntomas de que la llegada de trabajadores extranjeros podía saturar, en las zonas de mayor atracción, la

⁴⁸ La Tierra, 4/12/1823, p.1.

⁴⁹ La Tierra, 2/12/1928, p.1 ; 4/11/1928, p.4.

⁵⁰ La Tierra, 3/3/1928, p.1.

⁵¹ La Tierra, 10/11/1928, p.2.

demanda de los mismos; 3). Un período marcado por los efectos de la Guerra Mundial, en el cual se revelaba que la mano de obra radicada en las ciudades de la llanura pampeana, era suficiente para cubrir la demanda estacional de las cosechas; 4) un decenio, abierto con el fin de la guerra y posible de cerrar con la Crisis de 1930, en el cual la inmigración y las migraciones internas terminaron por saturar la estancada demanda de jornaleros.

Las percepciones de los diferentes representantes sectoriales y corporativos en relación con las migraciones laborales también fueron diversas. En algunos casos esta complejidad se vincula al cambio de coyunturas y a las variaciones del mercado de trabajo. Fue así que socialistas y anarquistas señalaran, al surgir los primeros síntomas de desocupación focalizada, el efecto nocivo sobre niveles de empleo y salarios de un excesivo flujo de inmigrantes. A la inversa, el empresariado agrícola, sus organizaciones corporativas y la prensa asociada a sus intereses mostró una invariable adhesión al fomento de la inmigración o de las migraciones internas hacia la región pampeana, sin mostrar alarma por los efectos sociales ocasionados por la precaria radicación de estos trabajadores en los núcleos urbanos -excepto la Federación Agraria Argentina, también preocupada por la competencia laboral en los años 20-. Como hemos demostrado en otro trabajo, y mencionado en éste, fue el Estado el más preocupado por esta cuestión, aunque su acción reguladora se limitó a las esferas de la distribución y del control social de la mano de obra.